

Laia Soler

Mili Koey

Las Rolletes

Orgullosas de
nuestros colores



DESTINO

Las ROLlettes

Orgullosas de
nuestros colores

Laia Soler y Mili Koey

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
© del texto: Laia Soler
© de las ilustraciones: Mili Koev
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2021
ISBN: 978-84-08-23702-0
Depósito legal: B. 20.898-2020
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Adiós, vacaciones, adiós

Septiembre era el mes favorito de Lira, pero nunca admitiría el motivo ni aunque la sobornaran con el maillot con más brillantes del mundo. Había aprendido a morderse la lengua hacía tiempo, cuando sus amigas del colegio se quejaban de que en pleno agosto los anuncios de la tele ya las amenazaban con la publicidad de la «Vuelta al cole». A ella los ojos le hacían chiribitas al verlos y pensar en su nueva mochila, su nueva agenda, su nuevo estuche, sus nuevos bolis y lápices con borlas de colores, su nueva clase... y, por supuesto, las amigas con las que se reencontraría.

Aquel año, sin embargo, era diferente. Y no como el curso anterior, que había empezado aterrada porque Tania había pasado de ella todo el verano y se sentía más sola que la una. Era un «diferente» bueno, tanto como



para conseguir que se olvidara de su adoración secreta por los productos de papelería.

Y se lo debía a las Rollettes.

El primer año de instituto de Lira no cumplió ninguno de sus planes, pero superó todas sus expectativas. Aprendió que, a veces, visitar el despacho del director el primer día puede resultar ser algo bueno, igual que dejarse liar por tres chicas a las que acabas de conocer para hacer campaña a favor de un deporte al que, en realidad, le tienes un poco de tirria. Había creado amistades que sabía que durarían, al menos, los años de instituto que quedaban, y había descubierto que no era una alien dentro de su familia. Como sus padres y su hermana Olivia, también Lira había nacido para llevar un par de patines en los pies. Sentía que patinar era casi más natural para ella que caminar.

Aunque para ser justos, aquellos últimos meses había entrenado tanto que era normal que se sintiera así.

Las Rollettes se habían negado en rotundo a quedarse en casa solo porque el curso hubiera terminado y, con él, los entrenos oficiales del equipo. Siempre les quedaba la pista del parque, aunque les tocara madrugar para llegar antes de que otros la ocuparan, o esperar hasta dos horas enteras a que se quedara libre. Tampoco es que tuvieran prisa, y ahora se llevaban mejor que

nunca. Gala y Jimena aún miraban con recelo a Andrea, que fingía no darse cuenta, pero nunca pasaba de ahí. No querían estropear el buen rollo que había entre las Rollettes cuando por fin se sentían un equipo de verdad. Convencer a Alena de que las dejara competir la siguiente temporada las había unido definitivamente.

Cuando Olivia y su amiga Natalia bautizaron al equipo, este tenía un solo objetivo: conseguir que el nuevo club extraescolar fuera de patinaje artístico. En ese momento, lo único que querían era poder practicar un deporte que les gustara. Lo de competir les quedaba muy grande, muy lejos...

Y, sin embargo, menos de un año después ahí estaban, preparándose para la que, al menos para la mayoría, sería la primera competición deportiva de su vida. No sabían qué día sería ni en qué lugar ni contra qué clubs competirían. Hacia finales de julio, Alena había llamado a las familias de cada patinadora para informar de que, aquel año, los entrenos de patinaje artístico empezarían antes incluso que las clases. No serían obligatorios, porque entendía que habría quienes estarían fuera de la ciudad o no podrían acudir; aun así, les iría bien para reforzar lo que habían trabajado el curso anterior y de este modo poder empezar la coreografía en el primer entreno en el instituto.

Y aquella era la razón por la que aquel verano había sido diferente: por primera vez Lira no tachó los recuadros del calendario pensando en el día en que estrenaría su mochila nueva, sino en el primer entreno con Alena, el día en que tendrían el primer entreno oficial como equipo federado.

Lira se moría por entrenar en una pista de verdad, a salvo de la lluvia y de la hojas y agujas que soltaban los pinos de alrededor, aunque, por otra parte, echaría de menos aquellos días de verano en el parque. Se había acostumbrado a tener que barrer la pista todos los días antes de entrenar, así como al calor que se empeñaba en acompañarlas todos los días. Era un precio razonable que pagar a cambio de poder tirarse en la hierba a descansar sin que nadie le gritara que el *metz* no iba a salir solo.



Aquel viernes, último entreno de agosto, solo la mitad del equipo acudió: Lira, Jimena, Eloy, Dani, Marta y Laura. Y aunque Lira echaba de menos al resto, en

especial a Gala y a Amelia, lo prefería así... Al menos en lo que Andrea respectaba. No es que no tuviera ganas de que volviera del pueblo de sus abuelos, al que se había ido a principios de julio; el problema era que sabía que en cuanto lo hiciera, la avasallaría a preguntas sobre Eloy. Y si a Lira ya le costaba aguantarlas por WhatsApp, no quería ni imaginar lo que sería en persona. Además, si Andrea estuviera ahí, seguro que se habría dado cuenta de que Lira no dejaba de echarle miradas fugaces a Eloy.

Como en aquel momento. El chico estaba hablando con Dani por lo bajo en una esquina de la pista, y Lira lo observaba de reojo de vez en cuando, aprovechando las salidas de su salto *metz* para que no se notara. Eloy había vuelto de sus vacaciones mucho más moreno, y se le acentuaba por los nuevos reflejos rubios de su pelo, aquellos que ni Amelia ni Gala ni Jimena parecían ser capaces de ver. En lo que sí estaban de acuerdo con ella era que estaba más guapo, y Lira, cada día un poco más colada por él. Por suerte, a ellas tres les daba igual si hacía algo al respecto. El problema era Andrea. A finales de curso, habían apostado que, si Alena las federaba, como había acabado pasando, Lira tendría que pedirle salir a Eloy. Ahora le tocaba pagar el precio de perder miserablemente.

El pacto original era que debía pedirle salir a Eloy, pero

cuando Andrea se dio cuenta de que a Lira le temblaba la voz cada vez que hablaban del tema, decidió que se conformaría con menos. «Tienes que hacer algo para que dejéis de ser solo amigos. Me da igual qué. Invítalo al cine, dile que te gusta, regálale algo... Lo que quieras. ¡Pero haz algo, me tienes frita, ahí parada como un pasmarote!»

El problema era que incluso eso era demasiado para Lira.

—¡Eh! —gritó de repente Eloy, y al instante, su mirada se cruzó con la de Lira, que despertó de golpe; se había quedado embobada mirando a Dani y a Eloy, tratando de averiguar qué se decían. Sintió un tirón en el estómago al pensar que Eloy la había pillado mirándolo, pero este sonrió y gritó de nuevo para llamar la atención de las demás—. Queremos enseñaros una cosa.

Lira soltó un suspiro de alivio. Eloy esperó a tener la atención de Jimena, Marta y Laura, y a que se hubieran hecho a un lado para dejarles espacio antes de hacerle una señal a Dani. Este asintió con tanta energía como seguridad. Al instante, se impulsaron y empezaron a patinar alrededor de la pista ligando cruzados hacia atrás, hasta que Eloy movió los labios, como hablando consigo mismo, y...

—¡... Tres! —se le escapó a Dani, justo en el momento en el que saltaba, al mismo tiempo que Eloy, para hacer un salto del tres perfecto.

O al menos eso le pareció a Lira.

—¡Qué sincronización!

Entonces, se colocaron de nuevo en posición y clavaron otro salto, y luego otro. Salieron con gran elegancia: las piernas estiradas, la cabeza alta, la espalda arqueada.

—¡Lo hacéis genial! —se maravilló Jimena.

—¡Pero Dani, tío, la gracia es no contar en alto! —le reprendió Eloy.

Dani se encogió de hombros.

—Se me ha escapado. Pero lo importante es... —empezó a decir, e hizo una pausa para dirigirse al resto de Rollettes—, ¿qué tal nos ha salido?

—¡Superbién! —respondieron Laura y Lira, con tal sincronización que no pudieron reprimir una carcajada.

—Aunque te falla un poco la salida, Dani... —le comentó María.

—Ahora haced lo mismo con mojo, salto del tres, *metz* y salida —les retó Jimena.

—No te pases —respondió Dani, con sorna.

Suficiente le había costado que Alena aprobara su salto del tres como para pensar en el *metz*. Saltar y no caer era fácil para alguien que, como Dani, llevaba patinando desde los cuatro años. El problema lo tenía con la parte artística.

Unos días después de que Alena les anunciara que iba a federarlos para que compitieran la próxima temporada, Eloy apareció con la idea de la danza sincronizada, y no paró hasta que convenció a todo el equipo de que era lo que debían hacer si querían tener alguna posibilidad en las competiciones. Faltaba ver que Alena lo viera igual, claro, pero seguro que daño no les haría. La mayoría de las Rollettes no hacía ni un año que patinaban. Siendo realistas, tenían que ir a por lo artístico, y en competiciones de grupo, la sincronización era de lo que más puntos daba. Se había estado informando.

Le habría gustado leer en alguna parte lo cansado y difícil que era.

—Estoy deshidratado —resopló Eloy, mientras se pasaba la mano por la frente.

—Flojo... —lo chinchó Jimena, antes de empezar a patinar para volver al rincón donde practicaba la pirueta con un pie.

Lira ignoró a su amiga para responderle al chico, que le dedicaba una mueca a su amiga.

—Yo también tengo sed.

Dani, María y Laura imitaron a Jimena y regresaron a sus cosas mientras Lira y Eloy dejaban la pista atrás para encaminarse a la fuente.

—Si nos viera Alena, nos mataría —dijo Eloy, mirándose los pies.

—Bah, si estos patines no valen nada... —repuso Lira—. Están bien, pero si queremos ir en serio...

—Mis padres me matan como les diga que necesito unos patines nuevos. Ya tengo tres pares —respondió el chico—. Estos, los de hockey y los patines en línea.

Lira se echó a reír. El chico enarcó las cejas, como si la retara a igualarlo, y esta enumeró:

—Yo tengo los que llevo; otros quads que fueron de mi madre; unos de hielo, de cuando intentaron que me apuntara a clases con Olivia, y dos pares en línea. Creo que te gano —resolvió, incapaz de esconder su orgullo.

—¡Cinco pares?! —Eloy no se esforzó en disimular su sorpresa—. No sabía que eras una friki del patinaje...

La sonrisa de Lira se le heló en los labios.

—¡Eh! —se quejó esta, al tiempo que se detenía en seco.

Al ver las arrugas que empezaban a asomar en el entrecejo de Lira, Eloy se apresuró a aclarar:

—¡Ser friki es algo bueno! Significa que te importa tanto una cosa como para que no te importe lo que piensen los demás.

Lira no pudo evitar hacer un mohín. Ella hacía lo

que le gustaba, pero eso no significaba que no le importara lo que los otros pensarán. No le había sido fácil ignorar a Julia y a las suyas cuando el curso pasado iban a ver sus entrenos en los porches para reírse.

—Pues en mi cole era un insulto.

Ni siquiera siendo amiga de Tania se había librado de recibirlo alguna vez. Le gustaba leer, y para algunas personas eso ya era un pecado, o algo de lo que avergonzarse. Por aquel motivo se guardaba pequeños secretos, como cuánto le gustaba comprar una agenda nueva para el instituto.

Eloy se encogió de hombros.

—En mi colegio, uno de mi curso me llamaba friki porque me sé los nombres de todos los jugadores de primera división de hockey. Como si él no se supiera los de fútbol...

—¿Ves como es un insulto?

—¿Entonces te vas a enfadar si te llamo friki del patinaje?

—¡Pero no lo soy!

—¡Pero friki en plan bien!

—Ni en plan bien ni en ningún plan —respondió Lira, forzando una sonrisa para que Eloy viera que no lo decía a malas. Solo era la verdad—. Los frikis son mi hermana,

que casi pasa más tiempo en la pista de hielo que en casa, y mis padres... Bueno, ellos ya no salen tanto como antes a patinar, pero creo que preferirían echarme a mí de casa que deshacerse de algún par de patines...

Eloy estalló en una carcajada.

—¡Exagerada!



—Solo un poco —admitió la chica.

—No sabía que habías patinado antes de estar en el equipo.

—No mucho, la verdad.

Eloy le lanzó una mirada interrogativa. No había que ser muy avisado para ver que a Lira le encantaba patinar: no importaba si había tenido el mejor o el peor día del mundo, siempre se le iluminaba la cara en cuanto se ponía los patines. No entendía su respuesta, y le bastaron un par de preguntas para que Lira le hablara de cómo su hermana mayor había brillado en patinaje sobre hielo desde pequeña, y de cómo ella prefirió no intentar hacerle sombra. Tampoco es que hubiera sido una decisión consciente... Es que el patinaje artístico era cosa de Olivia. Lira siempre lo había visto así. Hasta que llegaron Jimena, Gala, Amelia y todos los demás.

A Lira y a Eloy les habría dado tiempo a rellenar al menos diez garrafas de cinco litros en el tiempo que estuvieron de pie hablando, cada uno a un lado de la fuente. La chica mentiría si dijera que no se le había pasado por la cabeza aprovechar aquel momento para decirle algo a Eloy. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Pedirle que fueran novios? ¡Qué cursi! Además, ¿y si le decía que no? ¿Qué le hacía pensar que podía decir que sí? ¿Que el curso

pasado Dani le había dicho que Eloy hablaba mucho de ella? Hacía mucho de eso, casi un año... Y durante ese tiempo, habían sucedido muchas cosas, algunas de ellas nada buenas para su amistad con Eloy. No podía lanzarse así, a lo loco... Ella no era impulsiva. Necesitaba al menos una señal, pero su tiempo para conseguirla se acababa. Faltaban solo dos semanas para volver al instituto (algo que Andrea, con sus preguntas diarias a Lira sobre sus avances con Eloy, no le permitía olvidar) y, por el momento, lo máximo que había conseguido Lira había sido ir a la fuente a solas con él. Y era más mérito de las demás Rollettes que de ella misma. Aunque Lira solo se lo había dicho a Andrea, Gala, Jimena y Amelia, el resto se lo olían, por eso bastaba que Eloy dijera que iban a por agua para que los demás los ignoraran por completo. «Así estáis a solas», le dijo Jimena. Y aunque a Lira le dio rabia ser tan transparente como para que todos vieran lo que sentía por Eloy, no puso ninguna pega.

Aquellos momentos a solas, en los que podían charlar sin tener a no-sé-cuántos pares de ojos pendientes de ellos, eran suficiente para Lira; pero, para su desgracia, no lo eran para Andrea, que seguía esperando su pago.

Antes de que Lira pudiera decidirse, divisó a sus amigas en la pista, a lo lejos, y se dijo que el momento había

pasado. Marta y Dani ya estaban quitándose los patines. Eloy consultó la hora en el móvil e hizo una mueca; llevaban ahí dos horas, pero no tenía ganas de irse a casa.

—¿Te quedas un rato más? —le preguntó a Lira.

El sol había empezado a caer, tiñendo a su paso el cielo de un rosa anaranjado contra el que se recortaban los edificios alrededor del parque. El atardecer anunciaba el fin del entreno, pero ni Laura ni Jimena parecían querer irse; estaban demasiado ocupadas tratando de hacer una pirueta baja a la vez, algo que, más que difícil, les estaba resultando imposible. Aun así, no se daban por vencidas.

—Claro —respondió Lira, mirando a sus amigas con una sonrisa en la cara.

Definitivamente, echaría de menos aquellos días.

